

EL CAFÉ

Dedicado a Xavier Rojas

Mi vida está ligada al café, no al color, tengo muy poca ropa de ese tono aunque me gusta, como el color de la madera, de la tierra y de algunos ríos. Hablo en este caso del café como bebida. En mi casa, cuando era yo niño, lo tomábamos con leche, más leche que café y bastante azúcar. Jamás nos dejaban tomarlo solo. Ellos sí lo hacían a las cinco de la tarde en que se reunían para eso. Yo insistía en probarlo. Te va a hacer daño, te quita el sueño, te da diarrea, te enferman, me decían. Yo preguntaba por qué tomado con leche no hace daño y sí solo. Nunca me lo explicaron. Pero eran las reglas. Los niños no debíamos preguntar nada y aceptar todo lo que nos dijeran desde que los niños los traían la cigüeñas hasta lo de Santa Claus y los Reyes Magos. Las embarazadas no estaban embarazadas, tenían líquido en el vientre. La servidumbre siempre abusa, roba, no le tengas confianza. La señora fulana de tal es una señora respetable, si la acompañan tantos hombres es por su trabajo. Cuando salgas del cine te tienes que esperar a que se te enfríen los ojos. Si dices esas palabras te voy a lavar la boca con lejía, si comes alimentos fríos te vas a empachar, el ángel de tu guardia siempre te cuida pero ve todo lo que haces. Es hora de rezar para que todos estemos bien. Son pobres sólo los que quieren. Ya de adolescente la vida cambió. Podía ir a la calle y regresar tarde a casa. Tarde eran las ocho de la noche. Fue cuando empecé a ir a los cafés llamados cafeterías en otros lugares. Ahí nos reuníamos todos a arreglar la vida y al mundo, a platicar nuestras imaginadas conquistas femeninas, a escandalizarnos con pláticas sexuales del mayor de todos, a ver por primera vez un dibujo pornográfico, a criticar a la familia y a los profesores y sobre todo a decir lo que íbamos a ser de grandes, desde presidentes hasta astronautas, más bien aviadores ya que el astronauta todavía no existía. Y nos tomábamos una taza de café de a peso. Si nos alcanzaba tomábamos la segunda dos o tres horas después. En la casa ya me atrevía, y me lo permitían, tomar café negro, nunca vi café café que es el color que debiera tener, siempre era negro y sigue siéndolo. Así como el café no es de color café tampoco la campechanas son de Campeche, ni las persianas de Persia y las hamburguesas de

Hamburgo. Mentira que el café enfermara, que quitara el sueño. Yo lo tomaba en la mañana, en la tarde, en la noche, a todas horas. Cuando mucho me daban ganas de ir al baño a hacer del uno ya que era grosería decir que se iba a orinar, pero era todo. Más tarde en la carrera y sobre todo cuando empecé a escribir el café era indispensable. Una, dos, tres, cuatro y muchas más tazas al día. Café hirviendo aunque me quemara la boca. Café tipo americano pues el express y otros no me gustaban. Pasaron muchos años para que llegara a aceptar las variedades comerciales, el capuchino y todos los demás. El café debe saber a café, decía yo y también mis amigos que me acompañaban. Ahora ya tomábamos café a media noche o en la madrugada, ya decíamos groserías en cada frase, nos jactábamos de ser lo máximo: conquistadores femeninos, alumnos, profesionistas, bailadores, viajantes. El mundo era pequeño para nosotros.

Viajé y conocí otros tipos de café, me encantaron. Fue cuando empecé a distinguir un café brasileño de un veracruzano o de alguna otra parte. Empecé a comprar los granos en diferentes lugares especializados. Me fui gastando una fortuna en ellos, en comprar cafeteas especiales, en asistir a lugares donde lo servían.

Ay del que se atreviera a darme un café desabrido y mucho peor darme un café en polvo. Llegué a insultarlos y hasta salir del lugar donde me lo sirvieron. Fui un exagerado y por lo mismo un tipo sangrón para todos, pero cómo lo disfrutaba.

Vino la úlcera y la orden médica de no tomar café. Nunca dicen beber café que es lo correcto, dicen tomar. Antes muerto, dije yo. Y seguí bebiéndolo. Y sí, casi me muero. Tuve úlcera sangrante. De las diez tazas al día que solía tomar beber bajé a dos. ¡Dos! ¿Se pueden imaginar lo que es eso? Pues lo tuve que hacer. Y mis amigos a los que tanto fregué con calidades se burlaron de mí. Me invitaban a tomar café del fino, me mandaban de regalo paquetes de café de Colombia o Venezuela. ¡ Malditos! Los odié a todos.

Me casé y lo único en que mi mujer no me quiso complacer es en hacer mi bebida, yo tuve que seguir preparándola. Con tanto café negro te vas a poner prieto, me decía.

Mejoró la úlcera y ya pude tomar tres tazas, una en la mañana al levantarme, otra después de comer y otra al cenar. Qué desesperación el resto del día. Ya no podía escribir como antes, tampoco se me antojaba platicar con otra persona. ¿Cómo platicar sin un café enfrente?

Llegó la época de tener que dejar el café de noche, no por la úlcera sino por lo que me dijeron de niño, que el café quita el sueño. Y a mí me lo empezó a quitar. Y no

sólo eso. Si tomaba más de una taza en la mañana me daban palpitations y me temblaban las manos. Llegué a la conclusión, no aceptada, de que ya estaba viejo. ¡Qué espanto!

Hoy es la última taza de café y no me la voy a beber yo, se la van a tomar mis amigos y familiares. Me da gusto que lo hagan y ríen. Es un café con piquete que mi mujer les sirve todavía llorosa por mi muerte.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2010